

Yo no me atrevía a interrumpir el silencio ni a levantar la cabeza.

Al cabo de un rato, el viejo posó una mano en mi hombro.

—Qué dice usted, hija mía?

—Y bien señor B?...

—Pues bien, no volví más. Su margarita fué para ella una verdadera zahorí. Mi padre me envió al extranjero, en donde estuve muchos años. Cuando regresé, la vida de la ciudad me robaba todo el tiempo, después me casé. Qué quiere usted? La esposa, los hijos... y qué se yo! Las más de las veces el corazón humano es demasiado grosero para comprender las delicadezas que le salen al paso. No tiene ojos sino para lo que brilla con brillo deslumbrador y sin saberlo aplasta la florecita que adorna el sendero por donde transita... Déjeme usted hacer mía aquella frase que leí no sé dónde y que nunca he olvidado: «Luz de fuego fatuo cegó mis ojos, y pasé junto a mi dicha y la pisoteé sin conocerla».

Dios me perdone, pero no volví!...

—Y cómo la conoció usted?

—Su padre era mandador de una hacienda nuestra en la que vivimos hasta que yo tuve dieciocho años. Juntos crecimos, juntos aprendimos a leer y juntos supimos como se ama.

—Por qué no volvió usted? Ah, señor B., fué cruel...

—Sí, es verdad. Oiga usted: cuando se empeñan en cultivar mucho la cabeza, a menudo el corazón pierde la memoria. Mientras las manos de secos y viejos maestros andan afanadas podando, cortando y rastrillando en lo que ellos llaman inteligencia, haciéndolo apto a uno para ir por esta vida tirada a cordel y empedrada de conveniencias, el matorral se apodera del corazón, y ahoga la simiente de dulces florecillas que la juventud desinteresada, al pasar como una golondrina, dejó en él. Quiere usted saber qué ha sido de aquel pedacito de ideal que la vida puso en mi camino y que se llamó Lucía?

—Era muy linda?—pregunté interrumpiéndolo.

—¡Linda! Tal vez no, pero era una

encantadora criatura que tenía una voz y unos ojos de seda. Siempre que la recuerdo, la veo muy pequeña, cogida confiadamente de mi mano, con su cabello oscuro y corto cayéndole alborotado sobre la nuca; el vestido hasta la rodilla, el delantalcito azul y los pequeños pies desnudos, blancos... Yo no podía mirarlos hundirse en el barro del camino. Era para mí como si una pareja de palomas albas se mancharan sus alas inmaculadas.

Lo que ha sido de ella, oígaló usted: Hará unos tres meses que hallé esa carta entre el libro del poema. Me puse a llorar. Muchos años hacía que el recuerdo de la muchachita que tanto me quiso, dormía en el fondo de mi corazón, pero despertó vivo y fresco como si hubiera sido el día anterior cuando la dejé. Allí estaba frente a mí con sus ojos pardos más suaves que los de las palomas, deshojando la margarita simbólica y murmurando: «Volverá» «No volverá».

Yo tenía noticia de que mi padre había vendido la finca al padre de Lucía, pero nada más. Me indagué y supe que ahora un hijo era el dueño de ella y que en ella vivía con sus hijos y sus nietos.

Partí. Llegué al anochecer: una parte del caserón había sido derribada, pero el ala derecha aún queda en pie. Allí está todavía el roble y a través de su follaje brillaba con su luz inquieta la estrella de la cual Lucía me hablaba en su carta, y siempre...—como si no hubieran pasado todos los años que han entorpecido mis miembros y llenado de canas mi cabeza—la estrella de Lucía conservaba su brillo infantil y parecía, como ella dijo, un pájaro de oro y plata que saltara entre las ramas.

En torno de la casa reinaba una paz inmensa. En el palomar se arrullaban las palomas y allí cerca, en la fuente, parecía que muchas voces, graves unas, argentinas otras, voces de viejos de jóvenes y de niños, murmuraban algo infinitamente melancólico. Por las ventanas de la derecha salían bandas de una luz tranquila que iban a